

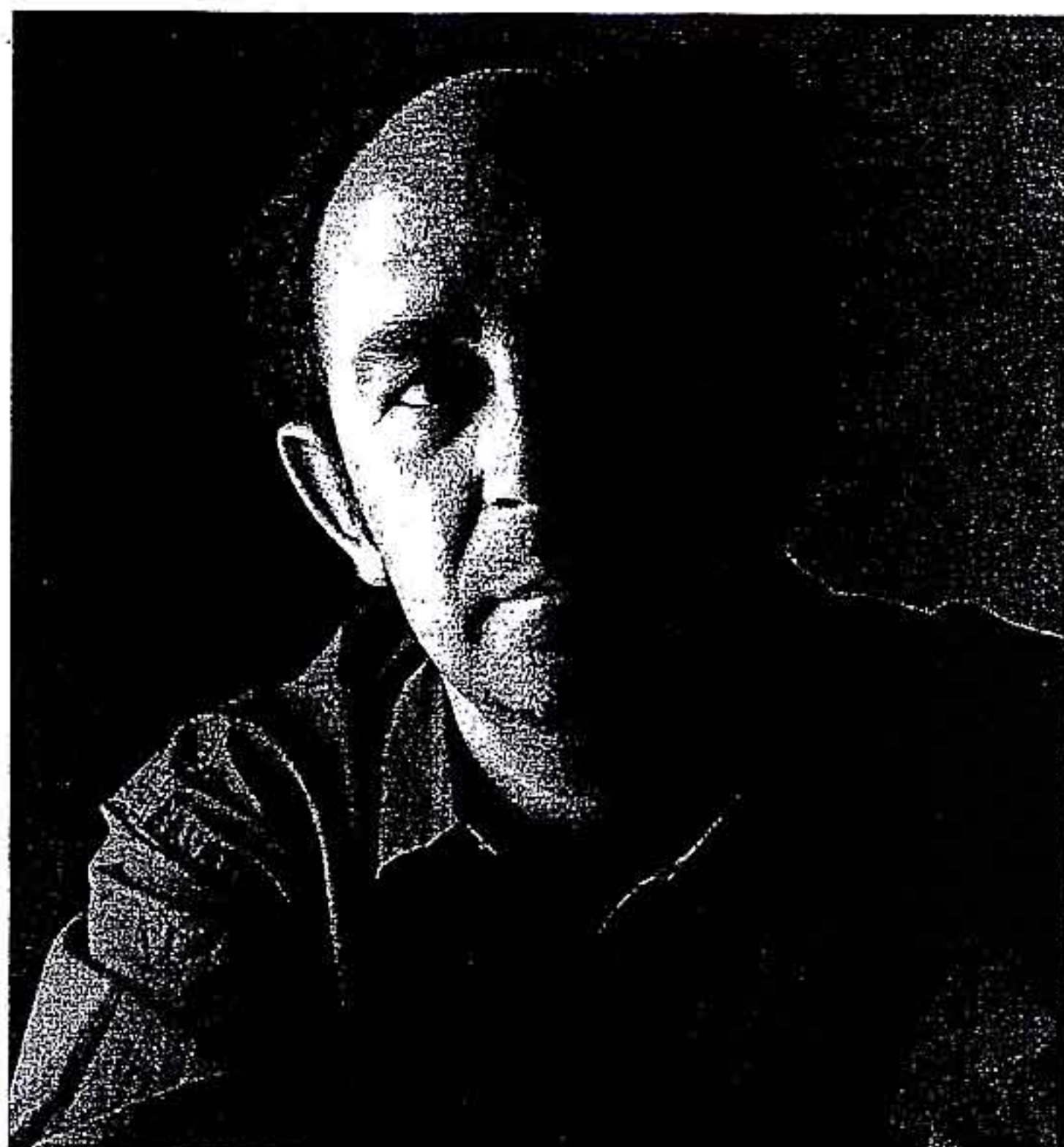
Adolfo García Ortega

El crítico literario, traductor y escritor vallisoletano, también director literario del Grupo Planeta, duda entre "Café Hugo" y "Autómata" a la hora de señalar su obra (propia) de cabecera. Finalmente se decide por la segunda a raíz de lo ambicioso, prolongado y personal de su realización.

Ciertamente es difícil para un escritor elegir su libro preferido de entre los suyos. Más fácil —y útil— habría sido elegir uno entre los ajenos. Esta invitación me obliga a repasar, mentalmente si cabe, los títulos de mis libros, y de entre todos ellos acabo escogiendo *Autómata* (2006), mi última novela. La verdad es que podría haber elegido *Café Hugo* (1999), una novela anterior con la que guarda un parentesco estructural, mas solo en el otro extremo de ese parentesco, ya que *Café Hugo* retrata todo un mundo en una noche y en un solo lugar, y *Autómata* narra, ambiciosamente, múltiples historias a lo largo de quinientos años y muchos lugares.

La vinculación también es afectiva, y ello por muchas razones. Quizá la primera de todas es que siempre soñé con escribir un libro así (al margen de que lo lograra o no), un libro que relatase un gran viaje en barco, y que diese una vuelta de tuerca al mito de la Odissea, a la manera de los grandes narradores de nuestra primera juventud, como Stevenson, Verne o Conrad. Y también quería escribir un libro que fuese un verdadero "autómata", con piezas y mecanismos, interrelaciones y personajes que entran y salen en las vidas de unos y de otros, y que, en fin, a su vez fuese un fresco histórico de algo imposible pero épico, titánico y verosímil. Me llevó muchos años abordar la magnitud de lo que empezó siendo el germen de esa novela en mi cabeza. Fue en el año 1991, relejendo esa novela mayor con la que todo escritor —y todo lector— ha de enfrentarse varias veces en la vida, *Moby Dick*, cuando una chispa se prendió en mi interior y empecé a estudiar y navegar por la literatura y la Historia en busca de una magia que aún no sabía a dónde me conduciría. El mar y sus mitos alegóricos se apoderaron de mí. Pero también quería, además, escribir metafóricamente sobre mi tiempo, quería tener una visión postmoderna de mi ser contemporáneo, y por tanto tenía que encontrar la idea clave que diese sentido a toda la novela. La hallé precisamente en la mezcla y el mestizaje, en la acumulación, en la unión y desunión de todas las historias que se van presentando a lo largo de sus quinientas páginas. Al final, en esta obra en la que un hombre reproduce el viaje que hizo su abuelo, quien se encontró en el estrecho de Magallanes a una mujer que amó y cuidó a un autómata abandonado en el estrecho en el siglo XVI, lo que aparece como identificativo de la modernidad es la interrelación de todo en una mega-historia gracias a las coincidencias y los azares, al destino y sus juegos, sus equívocos, su cadena de nexos y nudos que lo unen todo, en la vida y en la literatura.

Pero en *Autómata* busqué poner mucho más. Hay un mapa de los deseos y de los amores, hay un cúmulo de recuerdos y vivencias personales convertidos en símbolos, en experiencias transferidas a la vida del narrador, hay el placer de contar por contar, hay decenas de juegos que responden a un diálogo con los libros amados en toda mi vida, y por tanto hay una biblioteca dentro de la novela, algo muy borgiano que, en cierto modo, siempre ha estado presente en todos mis libros anteriores. Hay homenajes cultos y popu-



lares. Hay —pretendidamente al menos— una palpación permanente. Y hay, en suma, una reflexión sobre la invisibilidad y la identidad, que da norte a toda la intriga y su peripecia.

Desde que empecé a idear la novela hasta que tuve ocasión de ponerme realmente a escribirla, pasaron doce años y llegaron entre medias otras novelas, que a su vez provenían de impulsos anteriores (como *Café Hugo*) o de invenciones más imperativas que no permitían ser pospuestas (*Lobo* o *El comprador de aniversarios*). Acumulé más de dos mil páginas de notas, datos, guiones, borradores, esquemas. En ese tiempo, siempre, en algún lugar de mi cabeza iba creciendo la historia destinada a ser un puzzle de vivencias y lecturas, todas trenzadas en torno a la aventura como viaje y como referencia moral. Quería que *Autómata* supusiera una aventura escribirla

y una aventura leerla, porque para mí era ya una aventura pensarla. Cuando la acabé —y el lugar donde puse el punto final de esta novela guarda en mi vida un recuerdo muy especial, imborrable, fundacional, razón por la que siempre estará vinculada a mi afecto muy singularmente— tenía la sensación de haber hecho un largo viaje y de haber salido de un túnel prodigioso. También tenía la sensación de que nadie o muy pocos apreciarían el enorme esfuerzo literario que había requerido. Afortunadamente estaba equivocado. Los lectores empezaron a llegar y fueron generosos. ■

Doce años y dos mil páginas de apuntes tardó en ver la luz este "Autómata".

